

# Breve análisis sociológico sobre las transformaciones de los velorios hoy en día debido a la modernidad. El caso de dos municipios del Estado de México: Tepetzotlán y Naucalpan de Juárez

Juana Iris Fragoso Barreto

Facultad de Estudios Superiores-Acatlán,  
Universidad Nacional Autónoma de México

## RESUMEN

Ante el cambio vertiginoso en las conductas y formas de pensar de los individuos, la modernidad ha suscitado transformaciones en las prácticas culturales realizadas en forma cotidiana. Un ejemplo de esto son los velorios, momentos en los que surge una interacción social entre los miembros de una comunidad al despedir a un difunto y en los que se dan muestras de afecto y solidaridad. Mientras que hoy en día las costumbres funerarias perduran en los pueblos o municipios más tradicionalistas, en las zonas urbanas o conurbadas se han convertido en situaciones más frías y solitarias, al cambiar de lugar y de contexto.

*Palabras clave:* velorios, prácticas culturales, modernidad, individualismo, tradiciones, interacción.

## ABSTRACT

Given the fast-paced changes in the behavior of individuals and their ways of thinking, modernity has brought about transformations in everyday cultural practices. The present study examines wakes, special times of social interaction between members of a community as they bid farewell to the deceased and show signs of affection and solidarity. Whereas funerary customs survive nowadays in small towns and more traditionalist municipalities, in urban zones and greater metropolitan areas they have become colder and more solitary events as a result of the change in place and context.

*Keywords:* wakes, cultural practices, modernity, individualism, traditions, interaction.

*Al final de la vida se revela lo que la vida es desde el principio: contingencia.*

ANDRÉS ORTIZ-OSÉS

*La modernidad y los efectos que ocasiona en los velorios, vistos como prácticas culturales*

La etapa denominada modernidad o posmodernidad suscita cambios no sólo en la manera de concebir el mundo, sino también en las acciones de los individuos. Hoy en día la sociedad se ve envuelta por un sinfín de transformaciones en los lazos de unidad existentes entre los integrantes de un grupo o comunidad: éstos han perdido fuerza debido al individualismo imperante y a consecuencia del capitalismo que cubre la vida y realidad de las personas.

Tan es así que estas modificaciones han alcanzado muchas actividades y situaciones cotidianas de índole mortuoria; por ejemplo, en los velorios se observa cómo el mercado y el mundo moderno han alterado las prácticas que tienen lugar en éstos. Cuando se acude a los velorios en los pueblos, como en el caso del municipio de Tepotztlán, se llevan a cabo en los hogares de los difuntos o en la casa de algún pariente. Allí se dan muestras de cooperación y ayuda por parte de los vecinos, amigos y, por supuesto, de los familiares. En contraparte, al ser partícipe de velorios en el municipio de Naucalpan es posible vislumbrar una actitud distinta, con otra dinámica e interacción entre los asistentes, pues se dan en lugares específicos como los velatorios, ya sean públicos o privados.

De esta forma existe una lucha entre el mundo moderno y el tradicionalista. En el segundo se busca perpetuar las costumbres de los miembros del grupo, lo cual define y caracteriza su identidad, además de cohesionar a la comunidad y brindar representatividad ante otros individuos, mientras que en el mundo moderno ya no se presentan estos lazos de fraternidad y ayuda: la sociedad se ve fragmentada; existe un desinterés generalizado por el acontecer del otro; las personas se han individualizado, sumergidas en su propio yo, encadenadas a un tiempo finito, y olvidan ciertos eventos importantes en la existencia de todo ser humano, como la propia muerte.

En la actualidad el ser humano se encuentra en un trance donde no existe la percepción tangible de la muerte. Se trata de un tema tabú, del que no se habla hasta que se tiene de frente. La gente se cree intocable, inmune, y se piensa que la vida se puede alargar con los avances de la tecnología y la medicina.

Hoy en día aspectos del orden público se privatizan con frecuencia; se omiten ciertas prácticas y tradiciones que se celebraban en conjunto con vecinos y amigos, y ahora se prefiere realizarlos en la intimidad de una capilla privada o bien de aquéllas

públicas para sus derechohabientes. Con esto se experimenta un cambio en el escenario comunitario y familiar que tenía lugar en los hogares de los difuntos; ahora, por problemas de espacio, se prefiere contratar los servicios de las funerarias y los velatorios. Lo anterior ocasiona una pérdida de la identidad, de las tradiciones y las prácticas culturales, que son parte fundamental de un grupo determinado. Esto se ve influido por el mundo moderno, que rompe con las comunidades y desintegra los vínculos sociales entre los integrantes.

Con demasiada frecuencia las personas se miran hoy como individuos aislados, independientes de los demás. Perseguir los intereses propios, entendidos de manera separada, parece por tanto lo más sensato que se puede hacer. Así, la búsqueda de una especie de sentido para uno mismo se presenta como la principal tarea de la vida: un sentido independiente de todos los demás (Elias, 2009: 45).

El mundo moderno se ha encargado de moldear a la sociedad a su antojo. Se aprecia un desencanto por la vida colectiva y hoy se busca independizarse de la carga que conlleva estar en un ámbito tradicionalista. Se menosprecian los viejos modelos de conducta y se adoptan nuevos estilos de vida, nuevas maneras de concebir la realidad. Ahora las personas son seres consumistas y solitarios en una sociedad en crisis, sumergida en un caos donde el individualismo rige las acciones. Los estilos de vida se han visto modificados por el sistema capitalista y la globalización, regidos por las reglas del mercado, donde el ser humano se dedica a consumir lo que los grandes consorcios venden. Se dejan de lado las tradiciones y se prefiere lo nuevo, lo que está de moda. Las tradiciones se van diluyendo ante un mundo imparable, sin certezas, donde el dinero impone la manera de vivir y pensar.

Las representaciones colectivas son el producto de una inmensa cooperación extendida no sólo en el tiempo, sino también en el espacio. Una multitud de espíritus diferentes han asociado, mezclado, combinado sus ideas y sentimientos para elaborarlas. Numerosas generaciones han acumulado en ellas su experiencia y su saber. En éstas se concentra algo así como un capital intelectual muy particular, infinitamente más rico y complejo que el individual (Durkheim, 1995: 14).

Cuando se rompe con el mundo tradicionalista, se fragmenta un estilo de vida que tenía como base el sentido comunitario, el cual queda en el pasado. Esas tradiciones se cambian por nuevas actitudes y modas mediante las que se imponen el egoísmo, la indiferencia y la apatía ante una realidad en trance. Las relaciones personales se vuelven desechables y efímeras con mayor frecuencia, lo cual afecta tanto los aspectos individuales como a la colectividad. En menor medida que antes, la tradición social proporciona a la gente formas de expresión estereotipadas, comportamientos estandarizados

para aliviar la fuerte carga emotiva que conllevan tales situaciones. Las fórmulas y ritos convencionales del pasado se siguen utilizando, pero cada vez son más las personas que encuentran embarazoso servirse de ellas porque se les antojan vacías y triviales (Elias, 2009: 34).

Al presentarse la muerte de un individuo, surge una gama de sentimientos encontrados, en los que la compañía de los vecinos y amigos aminoran el dolor de la pérdida. De esta manera los rituales y las prácticas culturales juegan un papel determinante en momentos de duelo. Los ritos permiten dar continuidad a la vida después de la muerte —cuando se tiene la creencia en ésta— o como un momento para despedir al difunto. No sólo se acompaña al cuerpo yacente, sino que también se otorga un apoyo moral y social a los familiares. Bajo tales circunstancias se refleja un mundo repleto de significado que se adquiere desde pequeño y que es producto de la sociedad misma. Los individuos somos seres sociales que continuamente representamos lo que hemos aprendido. Así, la biografía expresará el modo de vida y la cosmovisión del grupo al que se pertenece. Todo lo anterior es puesto en práctica en los velorios según indican las tradiciones —los ritos, los rezos— y en conjunto se muestra el sentido de identidad. Sin embargo, en los tiempos actuales ocurren cosas distintas. La rapidez de la cotidianidad, la presión de vivir atado a un horario determinado y lo efímero de la existencia humana provoca que pasen inadvertidos algunos momentos de la existencia, como la muerte. Acaso se deba a un desinterés por el tema, o bien se nos hace tan familiar que no tiene mayor relevancia en nosotros.

Un ritual no sólo es un esquema de significación, sino también una forma de interacción social (Geertz, 1989:150). Cuando se lleva a cabo un velorio, aparte de un ritual para los momentos de duelo y pérdida de un ser querido, es también una forma de expresión e interacción entre familiares, vecinos y amigos. En estas situaciones se dan muestras de afecto, de solidaridad, de compañía, de amor hacia los dolientes y el propio difunto.

En las interacciones que tienen lugar en los municipios estudiados se observan algunas diferencias y características determinadas por el lugar y el contexto en que surgen. Al analizar el municipio de Tepotzotlán, cuando llegan los vecinos y amigos, a manera de agradecimiento y apoyo algunos ofrecen productos como café, azúcar, arroz, frijol, pan, veladoras, hierbas para preparar té, cubiertos y vasos desechables, que en conjunto sirven para alimentar a las personas que asisten al entierro al día siguiente o bien para los rosarios posteriores al funeral.

Por otro lado, los velorios en el municipio de Naucalpan tienen sus particularidades. Muchos se llevan a cabo en capillas, ya sean públicas o privadas, que ofrecen sus ser-

vicios para personas con otra dinámica en su vida cotidiana; a falta de espacio en los departamentos o pequeñas casas, se prefiere la comodidad de una capilla, de manera que se vuelven más privados, con otras formas de interacción, y se olvidan las prácticas colectivas, en las que se reunía a más personas. Las conductas se tornan más frías, indolentes y distantes. Las personas se vuelven reacias ante las tradiciones. El mundo vive a contrarreloj, preocupado por poseer las novedades que ofrece el mercado. Se piensa que lo viejo y el pasado son cosas vanas e inútiles. ¿Para qué hacerlas? ¿Qué significado tienen para mí? Ninguno.

Lo anterior da pie para incluir otro punto que surge ante los cambios ocasionados por el paso de la modernidad. Se va vislumbrando un individualismo más marcado en las acciones de las personas, que se aíslan de los demás, indiferentes a ciertos hechos cotidianos y apáticos a las tradiciones que representan a su grupo. La realidad que se nos presenta es incierta, cruel, y por ende los individuos actúan conforme a ésta, apartados del contexto social. Las personas se deshumanizan, volcadas en una soledad constante, cuyas acciones sólo les atañen a ellas mismas, por lo que dejan a un lado a su colectividad.

Las ideas acerca de la muerte y los rituales vinculados con éstas se convierten a su vez en un momento de socialización. Las ideas y ritos comunes unen a los seres humanos; las ideas y ritos diferentes separan a los grupos (Elias, 2009: 12) .

La idea de conservar las tradiciones no sólo implica definir a un grupo, sino también perpetuar su forma de vivir y concebir la realidad. Perpetuar la cultura que enriquece a una comunidad es transmitir un acervo de conocimientos y experiencias que marcan la existencia de cada individuo en una colectividad. De aquí la importancia de los velorios en cuanto a la preservación, continuidad y significado que representan estas prácticas en un grupo, o bien como característica y diferencia ante los demás. En el momento que se lleva a cabo un ritual o práctica, se refrendan los vínculos que unen a las personas de un lugar determinado, y de igual manera se va moldeando un legado cultural para las generaciones futuras.

Los velorios son formas de expresión mediante las que no sólo se demuestra el cariño por el difunto. También es la manera de rendirle un homenaje a su existencia y a los familiares que lo recuerdan en su último momento de estar presente, aunque yaciente en un ataúd.

El individuo desempeña una doble función: cumplir los roles que le son conferidos en su contexto social y llevar a cabo sus decisiones personales; aunque ambos aspectos van siempre de la mano, lo social afecta a lo individual y viceversa. Esto genera que los velorios sean un medio por el cual los individuos se reúnen de manera

colectiva ante un hecho de pérdida y dan continuidad a una creencia y forma de comprender la muerte.

Los rituales mortuorios son aspectos importantes en la historia de los pueblos originarios y expresan la manera de vivir. Mientras exista actividad productiva del ser humano, existirá cultura. La muerte está en la naturaleza y, por lo mismo, en la cultura de los pueblos (Acosta, 2001: 1).

Cuando se habla de rituales no sólo hay que tener en mente a los pueblos o regiones menos urbanizadas, pues éstos se desarrollan en cualquier lugar donde interactúan los individuos y a los que se le otorga un significado. En los velorios que tienen como punto de reunión el municipio de Naucalpan se representan y efectúan rituales que sirven para despedir al difunto y reunir a las personas allegadas al mismo, lo cual lleva un simbolismo religioso, social o ambos.

Las identidades sociales son umbrales simbolizados y significados de adscripción y diferenciación, de pertenencia y exclusión, inscritos en contextos sociohistóricos y redes socioculturales específicas (Loeza, 2010: 9). Al ser un constructo social, el individuo se ve determinado por el acontecer de su grupo o la sociedad en que se desenvuelve, en la cual van surgiendo las dinámicas y formas de vida que el grupo considera ideales para la subsistencia del mismo y sus tradiciones, que dan identidad y cohesión al colectivo. Continuamente se ve modificada la realidad social. No obstante, existen estilos de vida que perduran ante los cambios, o bien sólo sufren algunas modificaciones para seguir vigentes y no extinguirse. La vida cotidiana no sólo se establece como realidad por parte de los miembros ordinarios de la sociedad en el comportamiento subjetivamente significativo de sus vidas. Es un mundo que se origina en sus pensamientos y acciones, sustentado como real por éstos (Berger, 1968: 35).

Cuando hablamos de la identidad de un grupo, no sólo se trata de ver qué los hace diferentes frente a los demás, sino de integrarlos a un todo al que pertenecen, del que surgen como seres sociales y de donde se nutren día tras día. Un ejemplo claro es el lenguaje, una forma de expresión que se internaliza desde temprana edad y que será parte de la identidad social. Igualmente ocurrirá con las tradiciones y costumbres que se practiquen en la comunidad, las cuales moldearán al ser humano y darán sentido a su cosmovisión de la realidad. Éstas no sólo serán acervo de conocimientos y experiencias de sus antecesores, sino que servirán como guía para futuras acciones del propio individuo.

Las identidades socioculturales se erigen mediante redes simbólicas compartidas y sistemas de significación que participan como soportes en la constitución de sentimientos, pensamientos y prácticas culturales comunes. También participan en la construcción del sentido de acción social. Estas redes incluyen mitos fundadores y

referentes que permiten el reconocimiento diacrónico, así como procesos de recreación, resistencia, hibridación y persistencia cultural (Loeza, 2010: 12-13).

Cada grupo o sociedad determinará las normas y características que lo definen, en primer lugar con sus miembros y más tarde con los otros. Desde que es parte de una asociación o un grupo, el individuo va adquiriendo una conciencia colectiva y obteniendo un lugar en la estructura social, lo cual permite que surja en él un sentimiento de identidad y pertenencia. No obstante, hoy en día algunos sentidos de pertenencia se pierden ante la modernidad que impone lo nuevo, causando gran conmoción entre la gente al desestabilizar su identidad. Al interactuar con la realidad actual, el individuo se opone a lo tradicional.

La sociedad es una realidad *sui generis*. Tiene características propias que no se encuentran, al menos bajo la misma forma, en el resto del universo. Las representaciones que la expresan poseen así un contenido por completo distinto del de las representaciones puramente individuales, y en principio se puede estar seguro de que las primeras aportarán algo a las segundas (Durkheim, 1995: 14).

Al comparar los dos grupos sociales –los habitantes del municipio de Tepotzotlán y los que residen en Naucalpan de Juárez– no sólo se percibe una diferencia en los estilos de vida, sino también en la manera de concebir la realidad y la interpretación que surge de ciertos ritos y tradiciones. Por lo común, los velorios se realizan como una manera de hacer lo correspondiente ante este hecho de la vida, pero no se analiza el significado que le atribuyen las personas. Se concibe como algo cotidiano, a lo cual no se le pone mayor atención. Sin embargo, lo que representa para cada persona cambia de acuerdo con la manera de pensar.

El contexto social influye en la forma de actuar de una persona cuando sus acciones se reflejan en su colectividad. Por tal motivo, los velorios de cada municipio presentan características distintas. En Tepotzotlán se muestra la unidad del grupo; se observa la solidaridad de los habitantes ante la muerte de uno de sus integrantes; se ve el apoyo que otorgan los vecinos en especie; existe un ambiente de convivencia entre todos los participantes; entre cada rosario surgen pláticas entre conocidos, y se recuerda con agrado al difunto. En contraparte, los velorios del municipio de Naucalpan son un tanto más privados, fríos, distantes. El escenario es otro. Se demuestra cómo la modernidad genera cambios en las acciones de los individuos, al transformar el contexto y el significado que se le otorga al propio velorio. En los velorios de este municipio el café va por cuenta propia; no existe esa hospitalidad de ofrecer algo como forma de agradecimiento. En este tipo de lugares no se pierde la oportunidad de vender algo: encuentras la florería, la cafetería, y el consumidor decide qué comprar.

El *habitus* es el conjunto de modos de ver, sentir y actuar que, aunque parezcan naturales, son sociales. Es decir: están moldeados por las estructuras sociales; se aprenden (Flachsland, 2003: 53). Los sentidos de pertenencia, al igual que las maneras de concebir e interpretar la realidad, se van adquiriendo dentro del grupo social. Por medio de la socialización se insertan en la mente del individuo las formas de actuar, así como las creencias del grupo. Las tradiciones se van transmitiendo de generación en generación, con lo cual se aprehenden los significados y lo que representa realizar un velorio, además de los motivos que tiene despedir a un difunto.

La identidad es el conjunto de repertorios culturales interiorizados –representaciones, valores, símbolos– por medio de los cuales los actores sociales –individuales o colectivos– demarcan sus fronteras y se distinguen de los demás actores en una situación determinada, todo esto en un espacio históricamente específico y socialmente estructurado (Chihu, 2002: 38).

Por ser actores sociales, los individuos tienen como punto de referencia a su grupo social, del cual retoman los conocimientos adquiridos a lo largo de su historia. Su biografía representa y contiene datos recopilados de manera conjunta por sus antepasados y antecesores, lo cual servirá de guía para futuras reflexiones y acciones tanto individuales como grupales. Los ritos refuerzan los vínculos sociales tradicionales entre los individuos. Permiten destacar el modo en que la estructura social de un grupo se ve fortalecida y perpetuada por la simbolización ritual o mítica de los valores sociales subyacentes en que ésta descansa (Geertz, 1989: 131).

Al observar cómo la modernidad ha modificado ciertas actitudes y acciones en el individuo, al tiempo que la propia sociedad evoluciona de acuerdo con sus necesidades, analizamos el punto respecto a qué tanto perduran las tradiciones ante la eminente expansión de la modernidad. ¿Cuánto tiempo seguirán vigentes las tradiciones? Con base en las observaciones realizadas, se percibe que existe un cambio en la manera de concebir la realidad y darle significado a la muerte y cuanto la rodea, como en los velorios. Así surgen estas transformaciones, a consecuencia de los cambios en los estilos de vida, influidos por el sistema capitalista y la vida ajetreada que llevan los habitantes de las zonas conurbanas y urbanas del Estado de México.

Además de su contundencia biológica, la muerte constituye una dinámica inaplazable de experiencia comparativa y significativa para nuestra cotidianidad en el presente, para nuestra proyección de futuros y para el rescate, recreación y evaluación de pasados experimentados, recuperados, supuestos o anhelados (Cuen, 2010: 52). Durante el desarrollo del ser humano tienen lugar diferentes etapas: se sabe cuándo nacerá un nuevo individuo, si está creciendo, si se halla en una fase adulta. Lo



único incierto para todos es el momento de la muerte. Esto conmociona la existencia humana y a veces nos toma por sorpresa. De esta manera los velatorios y capillas han cobrado importancia en el mundo moderno, al ofertar paquetes de velación o simplemente ser rentados para velar a una persona. Al estar tan insertados en la dinámica capitalista, se recurre a estas agencias porque agilizan y vuelven eficiente el tratamiento y cuidado del difunto, con lo cual se cambia de escenario y se deja de lado a los hogares de los propios fallecidos.

El mundo moderno busca facilitarnos la vida. Nos ofrece ciertas comodidades para cualquier ocasión. Vivimos enajenados en el sistema. El aquí y el ahora son lo fundamental para los individuos. Romper con la carga tradicionalista es la principal labor de la vida moderna. Por esta razón, la muerte se ha vuelto una mercancía más para el mercado. Se comercializa con este hecho y hoy en día se va perdiendo la esencia de los velorios. Las interacciones entre los participantes de los mismos se ve alterada. La solidaridad de la comunidad se diluye ante la eficacia de lo mercantil y económico. Las tradiciones se van modificando para sobrevivir ante los cambios sociales o, en el peor de los casos, desaparecen.

### *Reflexiones finales*

Como se observa, la modernidad influye en distintos aspectos de la vida y la muerte, ocasionando modificaciones en las prácticas que realizan los habitantes de los municipios estudiados. Los rituales que tienen lugar en los velorios se ven influidos por la vida actual, cambiando su representatividad y su significado, de manera que según el contexto y el lugar estudiados incorporan o no determinados rituales y prácticas culturales.

En los sitios más urbanizados las relaciones personales durante esos momentos se vuelven distantes, frías. La interacción entre los asistentes se torna extraña. Por el contrario, en los lugares con características más tradicionalistas se conservan las costumbres que cohesionan al grupo, ya que perdura un sentimiento de pertenencia, de identidad social.

Las tradiciones y costumbres fortalecen los lazos entre los habitantes de una comunidad. Se da un seguimiento a toda una cosmovisión, a las creencias que son parte de ese todo que conforma al grupo en cuestión. Concluimos así que la modernidad afecta de manera paulatina las prácticas que se realizan en los velorios y, de acuerdo con el municipio estudiado, cada uno tiene las características impuestas por el medio,

influidas por el mundo de hoy. Los pueblos más tradicionalistas conservan sus costumbres y la identidad de grupo. Sin embargo, la disputa entre ambos mundos continuará: el tradicionalista que busca su vigencia y el moderno que desea aniquilar lo viejo, la tradición, las identidades.

### *Bibliografía*

- ACOSTA VEIZAGA, Orlando, “La muerte en el contexto uru; el caso Chipaya”, en *Chungara. Revista de Antropología Chilena*, julio de 2001, en línea [<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=32614413011>], consultado el 19 de marzo de 2014.
- BERGER, Peter L., *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1968.
- CHIHU AMPARAN, Aquiles (coord.), *Sociología de la identidad*, México, Porrúa, 2002.
- CUEN, Gabriel Michel, *Cultura, tiempo y complejidad. La experiencia reflexiva*, México, Conaculta/Instituto Mexiquense de Cultura, 2010.
- DURKHEIM, Émile, *Las formas elementales de la vida religiosa*, México, Coyoacán, 1995.
- ELIAS, Norbert, *La soledad de los moribundos*, México, FCE, 2009.
- FLACHSLAND, Cecilia, *Pierre Bourdieu y el capital simbólico*, Móstoles, Campo de Ideas, 2003.
- GEERTZ, Clifford, *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 1989.
- LOEZA REYES, Laura (coord.), *Identidades, subjetividades y actores sociales*, México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades-UNAM, 2010.